



Madrid Cómico

Director: SINESIO DELGADO

SUMARIO

TEXTO

DE TODO UN POCO

POR

Luis Taboada

DEL NATURAL

POR

Eduardo de Palacio

LA REALIDAD DEL PLACER

POR

Luis Ansoarena

EL PEQUEÑO PRODIGIO

POR

José Estremera

UN ALMUERZO

POR

Juan Pérez Zúñiga

LOS SUCESOS DE AYER

POR

Sinesio Delgado

FORNOS

POR

José Juan Cadenas

GHISMES Y CUENTOS

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

ANUNCIOS



GRABADOS

EL QUE NO SE CONSUELA...

LA IRRUPCIÓN DE LOS ÁRABES

¡OH SORPRESA!

(cuatro viñetas)

EL PEQUEÑO PRODIGIO

(cuatro viñetas)

JUSTOS POR PECADORES

(tres viñetas)

POR

Cilla

El que no se consuela...



—Pues señor, otro suspensito en derecho canónico... Y mi padre empeñándose en que llegue á ser algo... ¡Cal! En seguida me voy yo á quemar las cejas para escalar los primeros puestos de la nación, ahora que los anarquistas la han tomado con las personas de viso!



DE TODO UN POCO

Los comerciantes de Madrid se han manifestado de un modo «imponente», recorriendo varias calles en número de unos cuarenta y ocho ó cincuenta.

Pedían, no á voces, sino silenciosamente, que se aprobase el tratado con Alemania. Bueno; por nosotros no ha de haber dificultad.

Nadie nos ha consultado hasta ahora, pero conste que no hemos de oponernos á que se aprueben todos los tratados habidos y por haber.

De cualquier modo que sea, siempre vendremos á parar á lo mismo; es decir, con tratados y sin tratados, los comerciantes continuarán pidiendo 25 por lo que vale 8, y diciendo, además, que «no ganan nada», que «esto está perdido», que «el Estado no los protege», etc., etc.

Ahora se habla de una contramanifestación, ó como si dijéramos, de otros comerciantes que no están conformes con los tratados ni con nada, y yo me pregunto:

—¿Con quién me voy? ¿Con los que protegen el corcho nacional, ó con los que le vilipendian?

Lo de los alcoholes vuelve á estar de moda también, y á lo mejor, uno que nunca ha sido comerciante, ni economista, ni borracho, ni nada más que escribiente temporero y después galán joven del Liceo Rius, entra en el café indignado, diciendo que en España ya no se puede vivir.

—¿Por qué?—se le pregunta.

—Pero ¡caramba! ¿Está usted en Belén? ¿No ha visto usted eso de los alcoholes?—replica.

—¿De qué se trata?

—Yo no lo sé, pero es cosa que enciende la sangre.

Bueno que el bebedor empedernido se ocupe en saber si piensan esprimir la bebida ó si van á aumentar el precio de las medias copas; pero yo, que apenas bebo, ¿por qué he de andar molestando á mis amigos con lamentaciones?

—Mire usted—me decía un borracho filósofo,—por mucho que haga el Gobierno, mientras haya hombres y mujeres, habrá bebida. Á mí me tuvo encerrado mi esposa en su tocador durante día y medio para ver si se me quitaba el vicio del aguardiente. ¿Y sabe usted lo que me bebió?

—¿E? cold cream?

—No, señor; un frasco entero de agua de Colonia y otro de extracto de piel de Rusia para el pañuelo.

Todos los días tropieza uno con borrachos más ó menos estimables que se ríen de las patentes de alcoholes y siguen pegando á sus esposas con la misma franqueza de siempre.

—¿Patentes á mí?—dicen ellos.—Mira qué caso hago yo de las restricciones gubernativas.

Y dealoman á sus consortes, con ó sin patentes.

El que quiera pasar un buen rato, que vaya á la Zarzuela, á ver *El día de la Africana* cantado por la compañía infantil. La tiple Manolita Siles, el tenor Palop, el barítono Peguero y las niñas Asunción Balanzátegui, que hace el papel de *Anina*, y Pilar Mateus, que representa deliciosamente el del bajo, se hacen aplaudir todas las noches con verdadero entusiasmo por el distinguido público que llena las localidades.

Ya quisiera yo que todos los cómicos fuesen como estos chiquitines, y entonces no nos veríamos como nos vemos hoy, teniendo que soportar los alaridos de algunas tiples que en vez de cantar parece que están dando á luz.

Tengo en mi vecindad una tiple de éstas, que ensaya en el domicilio las obras de repertorio, y anteanoche, cuando cantaba no sé

qué cosa de la *Verbena*, subió el sereno asustado, figurándose que había fuego ó que estaba matando á la inquilina otro conde cualquiera.

—No se alarme usted—contestó la mamá de la interesada.—Es mi niña que está ensayando.

—Pues dígala usted que si vuelve á ensayar, me la llevo al juzgado de guardia por escandalosa.

La muerte de Carnot nos ha preocupado á todos, aunque no tanto como la del *Espartaco*.

El anarquismo continúa sembrando el terror por doquiera, y todos «los que tenemos algo que perder» vivimos en perpetua zozobra.

Martínez Campos ha estado á punto de perecer á manos de Pallás; el gobernador de Barcelona recibió un balazo en la cara no hace muchos meses, y ahora se ha tratado de herirle con un puñal más ó menos envenenado.

Casi le dan á uno ganas de no ser presidente de república, ni capitán general, ni gobernador civil.

Yo podré no ser autoridad, ni tener más ropa que la puesta, como quien dice, pero en cambio ¡qué bien duermo! ¡con qué tranquilidad estoy por las tardes en casa de Bonilla, el óptico de la calle del Príncipe!

No; que no trate Becerra de hacerme funcionario público, como había pensado, porque estoy dispuesto á rechazar todo nombramiento del Gobierno.

Mi insignificancia me escuda contra cualquier atentado anarquista, y prefiero á todos los bienes de la tierra esta mi humilde condición de inquilino de piso tercero con entresuelo.

¿Qué? ¿No han comprado ustedes todavía las *Piruetas* de Pérez Zúñiga? ¿Será posible? Pues comprenlas ustedes, si tienen corazón y si quieren recrearse y abuyentar las penas del alma.

De todas suertes, el mundo aquí se ha de quedar...

Luis Salvada.

*

DEL NATURAL

Ya no hay ancianos ni pobres, ni huérfanos ni chiquillos, ni en la clase de animales hay caballos ni pollinos... Es decir, barros y potros quedan, si no más, los mismos, aunque se van renovando con arreglo á los pedidos. Pero que hoy cuidan las gentes del prójimo desvalido, y no había, en otro tiempo, ni sociedades ni asilos para socorro de ancianos, para enseñanza de niños, y redención de doncellas y extirpación de los vicios y de los ojos de gallo, y protección de borricos y de animales diversos, floricultura y plantíos. Sin reparar en los gastos ni escatimar sacrificios, hay sociedades que ejercen la caridad fin de siglo. Hoy muere un pobre y le entierran sin que tenga que pedirlo, salvo algunas ocasiones en que sobreviene un flo. Quieren casarse dos mozos, es un decir, chica y chico (que entre parejas de un sexo aún no se reputa ilícito). y hay sociedades que casan ó que costean los vidrios; vamos, que pagan los rotos á la mujer y al marido, y que les ponen la casa para que vivan tranquilos, aun cuando, al mes de casados, vayan los dos al Hospicio. Como en la clase de pobres hay quien abusa del rico

(así como hay varios de éstos mercedores de un tiro), cuando les nace un muchacho van á buscar, no padrino, sino quien pague la cuota y dé, de paso, algun pico para comprar envoltura, para poner un cocido á la mamá del cachorro y al padre del angelito. He conocido á un sujeto (y con el cura atestigo) que, en su parroquia, tres veces llevó á cristianar á un hijo, para explotar tres socorros que recibió á domicilio. Logró dos veces su intento y se animó á repetirlo; pero al llegar la tercera le descubrió un monaguillo. —¡Eh, don Zenón. Peca á poco, le dijo al cura al oído,— que ése está ya bautizado. —¿Qué estas diciendo, Domingo? —Como que el chico y el padre son como aquellos que he visto. —Dígame usted—dijo el cura,— y usted perdóme, mi amigo, ¿está bautizado el nene? Porque tengo algún indicio que me inspira esta sospecha. La verdad.

—Soy hombre *dino*:

le he bautizado dos veces;

estoy *confeso* y *confesor*

—¿Qué escándalo!

—Pero, padre...

—¡Y aún tiene usted el cinismo

de traerle la tercera!

—Señor, sea usted *benigno*.

Ya usted ve, como uno es *probe*,

abusa hasta del bautismo.

Eduardo del Palacioso.

La irrupción de los árabes.



Así se pone la Puerta del Sol en cuanto ocurre algo en Marruecos...
¡Luego dirán algunos que nuestro porvenir no está en África!

La realidad del placer.

I

Esclavo de un ardiente misticismo,
con la esperanza de ganar el cielo,
despreciando los goces de la vida,
el alma pura, inmaculado el cuerpo,
Juan vistióse el sayal del ermitaño
y se marchó á un desierto.
«El amor por esencia es el divino,
y á él con delicia el corazón entrego...
Los demás son la mezcla repugnante
del alma y la materia; ruin concierto
de cosas antagónicas que junta
el pecado en la forma del deseo.
Se debe ir ante Dios, puro y sin mancha...
¿Huyo la tentación? Pues nada temo...
¿Qué vale esta existencia miserable
ante la ley del porvenir eterno?»
Y Juan, con esta idea, que tenía
forma de incrustación en su cerebro,
dejó su patria, su fortuna... todo...
alegre y satisfecho.

II

Habitó una caverna, acaso asilo
de alimañas feroces, otro tiempo;
comió sólo raíces que arrancaba
por sí mismo del suelo,
y con las piedras de la ruda roca
por día y noche golpeó su pecho.
Sus pocos años y su ardor fanático
hicieronle triunfar de tanto riesgo;
pero al fin llegó un día en que su sangre
se despertó con anhelar tremendo,

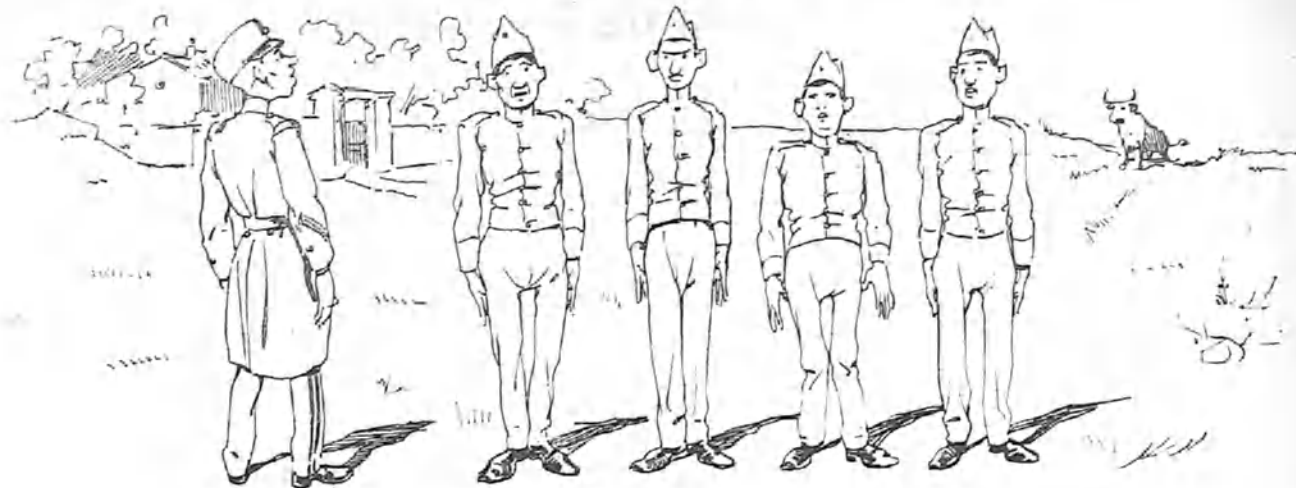
y hasta la soledad de aquellos sitios
hizo vibrar sus nervios.
Sin darse cuenta de su sueño entonces
dejó que al alma acariciase el sueño,
y pensó en la mujer como se piensa
en lo que atrae al corazón de lejos.
Presentidos los goces materiales
quiso el anacoreta conocerlos,
y volvió al mundo con el ansia misma
que antes llevó al desierto...

III

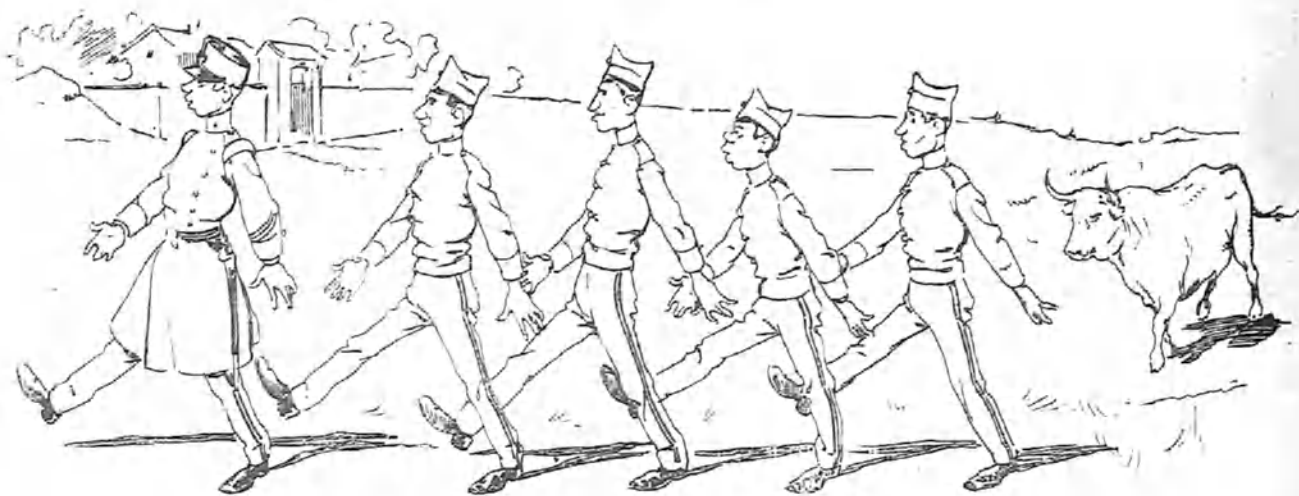
Gozó de todo por la vez primera,
y fué en su soledad tan grande el sueño,
que vió en la realidad algo raquítico,
algo defectuoso é incompleto.
No era aquél el amor que imaginaba,
ni el goce de la carne tan inmenso
como el que Juan en su delirio ansioso
vió un día en el desierto...
El ideal de la mujer hermosa
se hacía, al acercarse, más pequeño,
y Juan se dijo con reproche amargo:
«¿Por qué el placer aumenta desde lejos?
¿Porque su fuerza y su hermosura misma
están en el misterio!...
¿Vale tan poco—repetía el joven—
lo que se sueña y se conoce luego!...
¿Ninguno ha visto á Dios! ¡por eso es grande!»
Y, cansado, sombrío y descontento,
por no encontrar el ideal querido,
Juan se volvió al desierto,
ó á conquistar á un Dios abandonado,
ó á gozar de la dicha de sus sueños!

Luis Ancochea.

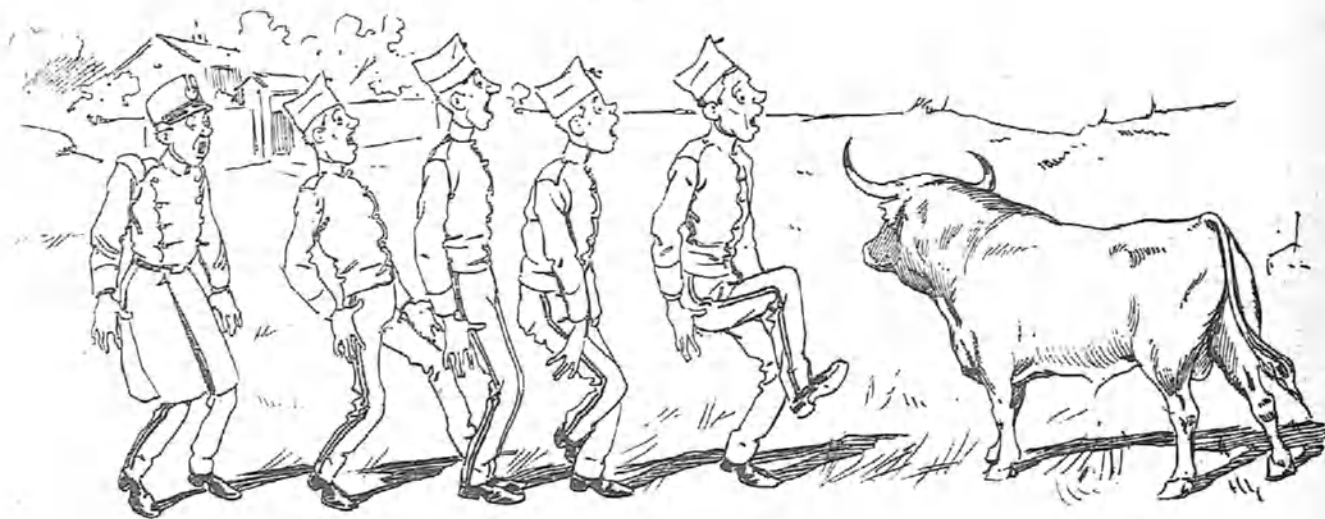
¡OH SORPRESA!



¡Pelotón!... ¡Firmes!



¡De frente!... ¡Ar!



¡Doble derecha!... ¡Ar!



¡Muu!...



El pequeño prodigio.

Los angelitos del cielo deben de ser tan lindos como era Rafaelín. Tenía el pelito rubio y ensortijado, las facciones correctas; su cutis de nieve y rosa acusaba una salud completa y su sonrisa una perpetua y encantadora alegría.

Siendo muy pequeño le enseñó su padre á recitar unas fábulas, y el chiquillo las decía tan bien y les daba tanto *sentido* con su media lengua que era cosa de comérselo á besos.

Tenía además muy buen oído y perfecta afinación y repetía cuantas canciones oía en un teatro en donde su padre tenía el modesto empleo de acomodador.

En cuanto iba alguien á su casa, ya se sabía, tenía que lucir todas sus habilidades, y los visitantes no se cansaban de oírle canciones y versos que él tenía que repetir hasta cansarse.

Tan frecuentes exhibiciones llegaron á disgustar al chiquitín, que muchas veces se veía obligado á interrumpir sus juegos para divertir á los amigos de su padre, quienes en premio de las gracias le besaban y zarandeaban con ensañamiento.

Rafaelín tenía un amiguito de su misma edad y vecino suyo que le divertía mucho con sus juegos, que casi siempre consistían en imitar á los payasos y demás artistas circenses. Se llamaba Antón y era morenito y rechoncho como un tonel, pero ágil como una lagartija. Tenía gran habilidad para andar con las manos y dar volteretas; hacía toda clase de molinetes y planchas en la barandilla del Prado, y en cuanto había obra en su calle, daba cada salto mortal sobre los montones de arena que los transeúntes formaban corro para verle.

Los padres le mandaban á la escuela; pero él no iba, y el tiempo de la clase lo empleaba en jugar á la mosca ó á la uva le daba la mula; así es que á los siete años apenas sabía deletrear, en tanto que Rafaelito leía de corrido y escribía con buena letra.

Los padres de Antón le estaban diciendo siempre que en lugar de ir á jugar con los chicuelos de la calle debía seguir el ejemplo de Rafaelito, que era tan mono y tenía tantas habilidades, mientras él era un gonzálvaro que no servía para nada.

Al oír estos sermones el muchacho fruncía el ceño, bajaba los ojos, sacaba el morro y solía decir por toda respuesta:

—¡Bueno, mejor!—Y se marchaba á dar volteretas en medio del arroyo.

Un día estaban jugando los dos vecinitos, cuando el acomodador llamó á su hijo anunciándole que había un señor que quería verle.

—¡Mecachis!—dijo el chiquitín al oír la noticia.—Ahora me van á hacer cantar.

—Tú también paices memo, ¡recontra!—dijo Antón.—¡Me ícen á mí que no sirvo pa na; pus mejor que no sirva, pa eso no me dan la lata y hago lo que me sale de las narices. Anda pa arriba á cantar y chinchate, que pa eso tienes habilidades. ¡Mia tú que á mí!

El pobre chiquillo fué á su casa pensando que su amigo tenía

mucha razón, que si él no tuviera tantas habilidades no le *chincharian*.

En el teatro en que era acomodador el padre de Rafael trabajó una temporada una compañía de niños, á quienes los espectadores, sin darse cuenta de que cometían un crimen, aplaudían entusiasmados haciendo repetir escenas y canciones á aquellas pobres criaturas que no habían llegado á desarrollar el cuerpo cuando ponían en tortura su precoz entendimiento.

Supo el director de la compañía infantil las grandes disposiciones que tenía Rafaelito para el teatro, y propuso al padre que dejara que el chiquillo formara parte de la *troupe*. Accedió el acomodador, contentísimo porque además de lucirse iba el pequeño á cobrar un sueldo diario superior á la cantidad que él cobraba cada semana reuniendo lo que ganaba en el teatro á su jornal de tapicero.

Desde entonces las habilidades de Rafaelito no se consideraron en la casa como gracias, sino como una obligación en la cual había de emplear gran parte del día, sin que le quedara apenas un momento para sus juegos, ni para cultivar su buena amistad con Antón.

—¡Rafael!—solía gritar éste desde el patio.—Baja, que aquí están los del siete y vamos á jugar al marro.

—No puedo, estoy estudiando—contestaba Rafael.

—Pus acaba pronto, que te esperamos.

—No puede ser, porque tengo ensayo.

El pobre actor llegó á ocupar el primer puesto de la compañía á fuerza de estudio y á veces hasta de vigilia; su inteligencia se desarrollaba rápidamente, y dentro de aquel cuerpecito de niño de ocho años iba creciendo el alma de un hombrecillo. Sin embargo, no perdía la afición á jugar, tal vez porque para él era el juego la fruta del árbol prohibido. Todas sus ilusiones se cifraban en tener un velocipedo como el niño del principal; pero sus padres le decían que aquél era un juguete que costaba muy caro.

—¿Pues no gano yo bastante para eso?—se atrevió á decir un día el chiquillo.

—No, hijo mío,—le contestó su madre.—Desde que tú eres actor, tu padre no puede ir al taller, porque tiene que llevarte á los ensayos.

—Y además—añadía el padre,—si tuvieras el velocipedo, te distraerías con él tanto que no te quedaría tiempo para estudiar tus papeles.

Antón no tenía antojos ni envidiaba al del principal con todos sus juguetes, porque él sabía construirlos de varias especies con cañas, palos, huesos de albaricoque y guijarros de la calle.



Con la nueva vida Rafaelito fué poco á poco perdiendo sus colores y su alegría, mientras Antón estaba cada día más robusto y más contento.

Los padres de aquél se enorgullecían contando los magníficos éxitos que alcanzaba el chico, mientras él maldecía al público cada vez que le obligaba á repetir una canción, y en medio del entusiasmo de los espectadores, el pequeño prodigio se acordaba con tristeza del barbarote de Antón, que á aquellas horas estaría roncando como un canónigo, descansando de las fatigas del juego y soñando con renovarse al otro día.



—Ayer tarde estuve en tu teatro—le dijo un Innes Antón á su vecinito—y te vide representar. ¡Recontra y cómo echabas los bofes! Yo me divertí mucho y me moría de risa al oír que decías á aquella chicuela del vestido blanco de cola, que parecía una enana, que tenía celos rabiosos y que si no te quería te ibas á tirar no sé adónde. ¡Mia que tirarte tú con aquellos bigotes que te habían pegao torcidos y con aquel sable que no podías con él... ¡Lo que me pude reír!

Un día Rafaelito se sintió malo y le dijo á su padre que aquella noche no podría trabajar. El padre se lo comunicó á la empresa; ésta dijo que le ponía en gravísimo apuro, porque la función era de beneficio, estaba vendido todo el teatro y no había ningún actor que pudiera encargarse del papel de Rafaelito, ni había medio de cambiar la función, porque tres de los principales artistas de la compañía estaban enfermos. El médico de la empresa reconoció al niño y aseguró que, no teniendo calentura ni otro sintoma que revelase enfermedad, y sólo un poco de cansancio, haciendo un ligero esfuerzo podría trabajar aquella noche.

El padre accedió á ello, sospechando que lo que decía su hijo fuera un pretexto para no ir al teatro, y el pobre niño, que no mentía, representó su papel como quien cumple una terrible pena. Al retirarse una vez del escenario, después de haber cantado unos *couplets*, mientras el público aplaudía pidiendo con insistencia la repetición, el infeliz actor caía en los brazos de su padre, presa de una congestión cerebral.



Dos días estuvo en cama el pobre Rafael, y en el delirio de la fiebre llamaba á Antón y creía dar grandes carreras en el Prado cabalgando en el hermoso velocípedo del chico del principal.

Al tercer día bajaba Antón de casa de su amiguito diciendo: —¡Atiza, se ha muerto! ¡Recontra! ¡Toma habilidades!

José Estremosa.

UN ALMUERZO

—¿Corque he de almorzar contigo? ¡Qué bien está en Filipinas! Ya hemos llegado á los postres. ¡Cuánto lo agradezco, Luisa! Los postres son mi delicia. Sentémonos, que ya sacan el primer plato... ¡Judías? ¡Hola! Bizcochos borrachos... No se por qué se me vienen á tu memoria tus primas, en Montilla seguirán, lo mismo siempre! las que pusieron la casa de préstamos en Sevilla. Dios les conserve la guita. ¡Atún en salsa? Me gusta. ¡Buena dulce de calabaza gastamos, querida Luisa! Me parece que estoy viendo Tu padre está bueno, chicala aquí, en nuestra compañía, Me le he encontrado en Apolo á tu tío el diputado. hará tres ó cuatro días. ¡Qué calabaza más rica! ¡Hola! ¡Pavo en pepitoria? ¡También hay *Aus del Mono* Creo tener á la vista para fin de la comida? á tu abuelo... El pobrecito ¡Será el ans de tu primo? por el pavo se moría. ¡Qué generoso... y qué lila! Ya acabé... ¡Calla! ¡Chuletas de cerdo? Son cosa rica. ¡Ajajá! Ya he terminado. Dime, tu tío el canónigo Mil gracias, amiga mía. ¡sigue tan gordo en Galicia? Mas permite que te ruegue Lo celebro... ¡Estas son truchas en escabech? ¡Qué finas! que, si á otro almuerzo me invitas, No sé por qué me recuerdan no me des las mismas cosas; á tu madre. ¡Pobrecilla! porque, si me das las mismas, ¡Qué traen ahora? ¡Un cabrito? se me va á estar figurando Es una pieza hermosísima. que me como á tu familia. ¡Me acuerdo más de tu esposa!...

Juan Pérez Zúñiga.

LOS SUCESOS DE AYER

¡TODAVÍA HAY CLASES!

«Aniceto Valdespina, aprendiz de cerrajero, dió un escándalo en la esquina de la calle del Bastero.

Parece que, entre otros vicios, le arrastra el del aguardiente, y estaba, según indicios, borracho completamente.

Fué detenido en el acto de alborotar con sus vivas al socialismo, y al pacto y otras frases subversivas.

El susodicho Aniceto, según datos fehacientes, parece que es un sujeto de malos antecedentes.»

«A. B., pariente cercano de un título de Castilla, quiso agredir á un anciano en la plaza de la Villa.

Sabemos de referencia que estaba el joven bastante trastornado, á consecuencia de una comida abundante.

Y sólo así se comprende que pegara en las costillas un palo al viejo que vende periódicos y cerillas.

Al fin los guardias llegaron, y para hacer el despejo de la calle, se llevaron á la prevención al viejo.»

«Una joven conocida por Pepa la *Desgarrada* atentó contra su vida en la calle de la Abada.

El hecho se ha atribuído á que algunas horas antes la Pepa había reñido con uno de sus amantes.»

«Una joven distinguida sobrina de un general, muy guapa y muy conocida por su carácter jovial,

se arrojó por un balcón á la calle. Se asegura que la joven en cuestión sufre accesos de locura.»

«Un drama horrible, brutal, se ha desarrollado ayer en la calle del Grafal, entre marido y mujer.

Parece que Celestino Pérez López (el esposo) es aficionado al vino, bestia, holgazán y celoso.

Y parece que Sotera López y Pérez (la esposa) lo que tiene de ligera no lo tiene de hacendosa.

Cuando anoche, algo embriagado, volvió á casa Celestino, vió á Sotera en animado coloquio con un vecino, y sin que entre ellos mediara la más leve explicación, fué y la deshizo la cara y el pecho con un formón.»

«De un desgraciado accidente ocurrido á una señora se habló reservadamente anoche á primera hora.

Decíase que R. T. tuvo confidencia ignota de que su esposa S. P. se entendía con C. J., y poniéndose en acecho, dispuesto á lo que ocurriese, no quedó muy satisfecho de la conducta de S.

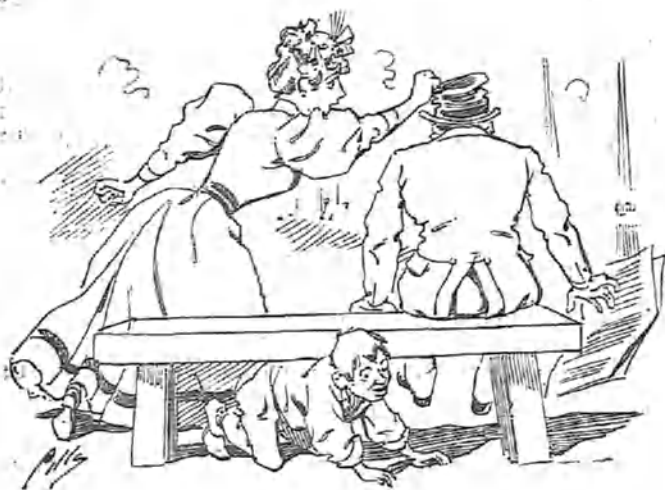
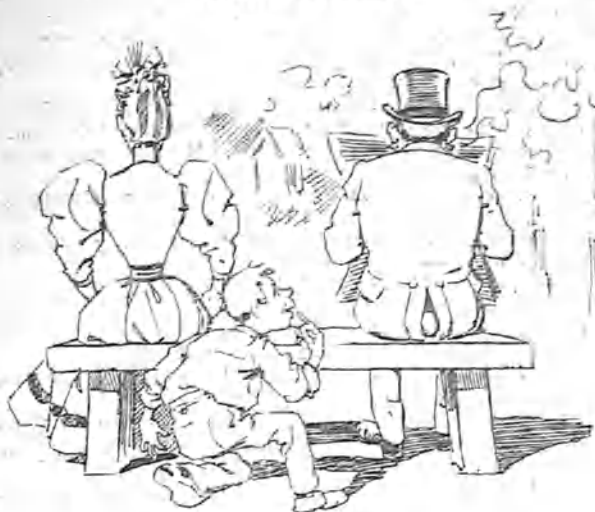
La cual llegó, conducida entre guardias, al juzgado, donde se formó en seguida el oportuno atestado.

Don C. J., con el susto, tuvo una sofocación... Haremos con mucho gusto cualquier rectificación.»

Sinesio Delgado.

JUSTOS POR PECADORES

ESCENA MUDA



Fornos.

Ya verás, cuando llegues á la corte, ya verás—me decían en mi pueblo. Irás á Fornos, el café de moda donde acude la *crema*, lo selecto, literatos, artistas, escritores, la espuma del saber y del ingenio...

Pero somos los chicos de provincias bastante impresionables, y por eso, al dejar mis montañas asturianas, una angustia cruel sentí en el pecho.

Y al fin llegué á Madrid, la ilustre villa, colosal Babilonia de mis sueños, recorrí los rincones de la corte, admiré sus palacios y sus templos y quedé con estúpido entusiasmo embobado, lo mismo que un paleta,

al ver bajar la bola cuando daban las doce en el reloj del ministerio.

Todo me entusiasmaba, lo veía con aire complacido y satisfecho y pasaba los días dando vueltas por la Puerta del Sol y Recoletos.

Hoy pienso, avergonzado, qué dirían aquellos cariñosos compañeros al ver entrar en Fornos una tarde á un tímido muchacho que, con miedo, ocupó el rinconcito de una mesa, llamando torpemente al camarero.

¡Cuántos chistes harían á mi costa derramando sus gracias tanto ingenio, mientras yo, silencioso, contemplaba las figuras pintadas en el techo!...

¡Fornos!... ¡Estaba en Fornos!... ¡Y poquito que había deseado aquel momento! Adquirí relaciones en seguida; en aquella tertulia ocupé un puesto y aprendí muchas cosas que ignoraba y olvidé las costumbres de mi pueblo. Allí supe la vida de la corte, allí barlamente me dijeron que mi traje no estaba ya de moda, ni lo estaba tampoco mi sombrero, allí bebí *coñac* por vez primera, allí adquirí la fiebre del estreno, allí con el primer cigarro puro me emborraché lo mismo que un cochero...

Allí, al pasar artistas y poetas, mis alegres amigos me dijeron: «Mira... Fíjate bien... ¡Ese es Fulano!» Y yo al verle decía: «¡Qué talento!» Allí adquirí, por fin, ideas raras acerca del amor santo y eterno, y aprendí á conquistar á las mujeres lo mismo que un Tenorio callejero... Y cuando, años después, cansado, un día vi mi imagen grabada en el espejo, al mirar mis bigotes retorcidos gracias á las tenazas del barbero, y ver que por mi porte y por mi facha casi, casi parezco un madrileño, pues me cuidó del *fisico* y procuró que se vea en mis ropas cierto esmero, sin querer recordar la tarde aquella en que en Fornos entré como un paleta y, agolpados, vinieron á mi mente, confusos y en tropel, dulces recuerdos de la aldea, del tiempo en que vivía sin ambición, ni envidias, ni deseos, de los seres queridos que, impacientes, quieren que les anuncie mi regreso, y cuando esto pensé, vi que dos lágrimas de mis ojos, cobardes, se cayeron y antes que, avergonzado, las cubriese, mientras, torpe, sacaba mi pañuelo del bolsillo, en las guías del bigote, asustadas, sin duda, se escondieron...

¡Ay! en estos instantes de cansancio, al ver que lucho y lucho con denuedo, y por más que trabajo, nunca logro romper la medianía en que vegeto, abatido y sin fuerzas, pienso siempre en la plácida vida de mi pueblo...

José Juan Cadenas.



Francia es el país civilizado por excelencia; esto es innegable.

Y en España, al paso que vamos, no se va á poder vivir dentro de poco, gracias á la administración que nos ha tocado en suerte; esto tampoco admite duda.

Pero, puestos en el caso de expatriarse, no aconsejaría yo á ninguno de ustedes que fuera á fijar su residencia en Lyon, porque si le ocurría

cometer un crimen á cualquier español de malos instintos, iban ustedes á pagar los vidrios por el solo hecho de ser compatriotas del delincuente.

Les apaleaban á ustedes, cazándolos como fieras por las calles, quemaban sus casas, saqueaban sus tiendas y se tendrían ustedes que consolar con la frasecilla de rajón en semejantes casos:

«La policía hizo grandes esfuerzos para contener el desorden.»

Por lo cual es preferible ir á vivir á Taflete, donde, como todavía no ha llegado la civilización, ya sabe uno siquiera á lo que se expone.

Por cierto que ha sido rara y estrambótica la manera de vengar la muerte del presidente de la república.

No se le ocurre á la muchedumbre indignada emprenderla con los afiliados á la secta del asesino, sino que invade tumultuosamente las casas de sus compatriotas, aunque sean más honrados y más decentes que los santos del cielo, carga con los muebles, las ropas y el dinero y se lo reparte burlantemente.

¡Oh! ¡la embriaguez de la venganza!

De modo que cuando echen mano á un ladrón que se dispone á descejar los baúles de un ciudadano particular, ya sabe lo que tiene que decir para disculparse:

—Yo estoy resentido con el partido liberal, que creo que está perjudicando al país, y vengo á desahogar mis justas iras desvalijando á este caballero, que es paisano de Sagasta.

Ha sido elegido presidente de la república francesa Mr. Casimiro Perier.

Esto ya estarán ustedes hartos de saberlo á estas fechas.

Y el día de la elección... Pero dejemos hablar al corresponsal:

«Se ha servido un espléndido almuerzo á todos los senadores y diputados.

Han venido á esta población muchas personalidades, tanto políticas como literarias y artísticas, para estudiar de cerca las costumbres.»

¡Las costumbres?

¡Hombre! eso de dedicarse á estudiar de cerca las costumbres de senadores y diputados en las elecciones de presidente viene á ser una cosa así como seguir la carrera de vendedor de cristales ahumados para los eclipses.

Ayer pasé por casa de Teodora
y vi el siguiente anuncio: «Zus cidora»,
y debajo del otro este letrero:
«Se admite un cabayero.»

RAMÓN ASENSIO MAS.

Los datos relativos á la marina son siempre interesantes, y sobre todo en las presentes circunstancias.

Así es que leerán ustedes con mucho gusto los dos siguientes dados á conocer por el senador Sr. Spottorno:

Tres cruceros construidos en los astilleros del Nervión costaron 48.000.000 de pesetas.

Otros tres construidos en los arsenales del Estado costaron pesetas 48.000.000.

¡Eh? ¡Qué casualidad!

¡Ni una peseta de diferencia entre las dos tandas de cruceros!

¡Bien dicen que éste es el siglo de las maravillas!

*

CHOCOLATES Y CAFÉS
DE LA
COMPañIA COLONIAL
TAPIOCA, TÉS
50 RECOMPENSAS INDUSTRIALES
DEPOSITO GENERAL
CALLE MAYOR, 18 Y 20
MADRID

GRANDES DESTILERÍAS MALAGUEÑAS
COGNACS SUPERFINOS

MARCA REGISTRADA



JIMENEZ Y LAMOTHE
MÁLAGA-MANZANARES

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Un gaditano cálido.—Cuatro versitos que no dicen nada absolutamente.

Triente.—No puedo aprovechar ninguna, pero se ve que usted sabe hacer esas cosas. Lo que hay es que no siempre salen como uno quiere.

Usted dirá.—Pues... digo que esas penas lánguidas, cantadas así, se vuelven cursis en cuanto uno se descuida un poco.

Rodajas.—Yo me refería á la última de una cuartilla que usted remitió firmada con pseudónimo solamente, y que se me traspapeló de tal manera que ahora no la encuentro por ninguna parte. Mándelas usted todas de nuevo y... á ver si la recuerdo de ese modo.

Sr. D. D. C.—¡Caracoles! El final es fuerte como una guindilla de las más picantes.

Fa el.—Las preguntas y las respuestas son inocentes, y además hay algunas de mal gusto.

Sr. D. M. T.—«Soy filipino y le admiro aunque las letras no posea, pero en cambio don Sinesio debe ser usted muy buen sujeto.»

Se agradece sinceramente la suposición y se perdona la forma. Porque la intención es lo que vale, ¡qué caramba!

Sr. D. J. J.—La idea carece de novedad y la forma es muy defectuosa. ¡Hay demasiados versos cojos! Los octosílabos están algo mejor, pero la idea es muy inocente.

Saintte.—Usted mismo va á convencerse de que lo que sigue será verdad, pero no es verso:

«Adela, la coquetuela Adela
leyendo novelas pasa horas
nunca historia leyó, pues es axioma,
de que el amor es á la novela
lo que el matrimonio es á la historia.»

Spongo que se habrá usted convencido completamente.

The little.—Medianilla. *Tropiezas y promesas* no son consonantes mientras no se pronuncie la *reda* como *ese*. ¡Y va para largo!

Féreas.—Ni en esta sección caben, porque ni siquiera tienen *saliente* para eso.

Sor Fresa.—Hay que advertir que los romances no se hacen aconsonando los versos parés, porque suenan á demonios.

Sr. D. R. L.—Tiene novedad la idea, pero está expresada confusamente. Además, empieza usted un silva y concluye en romance... Otra cosa. Júpiter no puede estar en una silla sostenida por querubas, porque eso es mezclar dos religiones distintas.

Sr. D. J. A.—Es lástima que el asunto no tenga gracia, porque los versos están bien hechos.

Govilán.—No encontré nada aprovechable; no por defectos de gran monta, porque usted no los tiene, sino por la falta de novedad en los asuntos.

P. P. T.—Digo lo mismo exactamente del romance de usted. El diálogo es gracioso, pero la idea se ha explotado ya de muchas maneras.

P. Lusa.—¡Ay, ninguna de las dos tampoco!

El cantor de Laura.—¡Hombre, muy bien! Se publicarán casi todas.

Sr. D. V. Q.—Tenían razón los dos personajes del cuento, porque el que tiene firma acreditada es responsable ante el público de sus disparates; y de los disparates del que no tiene la firma acreditada responde además el director del periódico que los publica. Esa es la cuestión.

MADRID CÓMICO

PERIÓDICO SEMANAL, FESTIVO É ILUSTRADO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50; año, 8.

Provincias.—Semestre, 4,50 pesetas; año, 8.

Extranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.

En provincias no se admiten por menos de seis meses y en el extranjero por menos de un año.

Empiezan en 1.º de cada mes, y no se sirven si al pedido no se acompaña el importe.

Los señores suscriptores de fuera de Madrid pueden hacer sus pagos en libranzas del Giro mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

PRECIOS DE VENTA

Un número corriente, 15 céntimos.—Idem atrasado, 50.

A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.

A los señores corresponsales se les envían las liquidaciones á fin de mes, y se suspende el paquete á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente.

Toda la correspondencia al Administrador.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Peninsular, 4, primero derecha.

Teléfono núm. 2.160.

DESPACHO: TODOS LOS DÍAS DE DIEZ Á CUATRO

MADRID 1894.—Imprenta de los Hijos de M. G. Hernández, Libertad, 16 dup.º
Teléfono 936.